



Milán, 3 de noviembre de 2008

Queridos amigos:

La participación en el Sínodo de los Obispos, que tenía por tema “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”, me ha ayudado a ser más consciente de nuestra responsabilidad en la Iglesia y en el mundo. Sobre todo por lo que se hizo evidente durante los trabajos sinodales, es decir, que la Palabra de Dios es un “acontecimiento” – Jesucristo –, que sigue estando presente en la historia a través de la vida de la Iglesia. Por eso la relación con la tradición viva dentro de la Iglesia nos permite identificarnos con la novedad que testimonia el texto bíblico y hace que tengamos la misma experiencia de quienes encontraron a Jesús. De este modo cada hombre, cada hermano nuestro, puede descubrir, como dijo el Papa al comienzo del Sínodo, «el presente en el pasado, el Espíritu Santo que nos habla hoy en las palabras del pasado». La Exhortación apostólica postsinodal nos ofrecerá las indicaciones para el camino de nuestra fe y como tal debemos esperarla.

Precisamente por la acción del Espíritu en su Santa Iglesia es necesario que crezca la conciencia que tenemos cada uno de nosotros. El hecho de que Benedicto XVI me nombrara Padre Sinodal ha sido para mí un signo de la estima que el Papa tiene a nuestro movimiento, pero, sobre todo, lo he vivido como una llamada a contribuir a la vida de la Iglesia. Esta llamada se confirmó, además, cuando fui elegido como relator, lo que suponía ser el portavoz del grupo de lengua española y, sobre todo, significaba una mayor implicación en los trabajos sinodales, colaborando directamente con el relator general para dar forma a las Proposiciones finales. Muchos se me han acercado durante los días que vivimos juntos, movidos por un interés o una simpatía hacia nuestra experiencia.

Todo esto ha hecho nacer en mí el deseo de escribiros para compartir con vosotros la experiencia que he vivido – porque os atañe también a vosotros –, experiencia que me ha hecho releer nuestra historia buscando identificar el paso que, a mi juicio, se nos pide. Yo identifico, de modo muy resumido, tres fases en nuestra historia:

1ª fase: los inicios. El nacimiento del movimiento se podría caracterizar por la misma dinámica que se pone en juego cuando la irrupción del Espíritu en la historia suscita un carisma para el bien de la Iglesia. Como toda iniciativa del Espíritu, también nuestro carisma fue acogido no sin incomprendiones e incluso con hostilidades, porque no

podía encerrarse en los esquemas ya establecidos. Pero todo el sufrimiento de aquellos años no siempre fue debido a la resistencia natural que invariablemente encuentra la novedad del Espíritu. Fue debido también a nuestra inmadurez, que sólo la fuerza educativa de don Giussani nos ha permitido corregir y superar. La paciencia que la Iglesia ha tenido con nosotros es un signo de su maternidad.

2ª fase: el reconocimiento. El final del pontificado de Pablo VI y todo el pontificado de Juan Pablo II significaron para nuestro movimiento el reconocimiento de la autoridad y la plena acogida en la vida de la Iglesia, cuya expresión inolvidable fue el encuentro con Benedicto XVI el 24 de marzo de 2007 en la Plaza de San Pedro. Otra confirmación de este reconocimiento son los signos de estima e interés que muchos me han manifestado en el Sínodo. Por eso estamos llamados a profundizar cada vez más en la conciencia que tenemos de nuestra experiencia.

3ª fase: el carisma para la Iglesia y para el mundo. Hoy estamos llamados a ser más conscientes de la finalidad para la cual el Espíritu dio un carisma a don Giussani: contribuir, con todos los bautizados, a la construcción y renovación de la Iglesia para el bien del mundo. Siguiendo su método habitual, Dios concede la gracia a uno para que a través de él llegue a todos. Y nosotros seríamos infieles a la naturaleza de nuestro carisma si no compartiéramos el don que hemos recibido con todos, dentro y fuera de la Iglesia. Por eso, cada uno de nosotros está llamado a entender, en su circunstancia, cómo puede contribuir al bien de la Iglesia. Ya son muy numerosos los ambientes en los que muchos de nosotros hacen presente a Cristo con una libertad y una audacia que no dejan de sorprender. Nuestra presencia en los lugares concretos donde se desarrolla la vida de los hombres no puede decaer en absoluto. En ocasiones, además, se nos pide que colaboremos en el seno de la Iglesia. Muchos de vosotros ya prestáis desde hace tiempo este servicio – como catequistas en las parroquias, mediante la caritativa o a través de otras formas de colaboración – pero a partir de ahora nuestra disponibilidad deberá ser cada vez mayor allí donde nuestra presencia sea requerida y acogida. Está claro que este servicio sólo puede darse según la naturaleza de nuestro carisma, que en el testimonio alcanza su expresión más perfecta.

Estoy seguro de que este paso que nos pide el Espíritu nos introducirá cada vez más en el corazón del misterio de Cristo, de modo que podamos dar testimonio de Él en todas partes, incluso a través de nuestra fragilidad.

Unidos en esta aventura,

don Julián Carrón

